KORIMBA.COM

STORY IN SPANISH

ALBERTO FUGUET

RAVOTRIL

Un avión despega de madrugada.

El primer vuelo del día desde El Tepual.

Una mujer con una trenza se persigna.

El chico mira por la ventanilla y ve el pasto húmedo por la lluvia de la noche, unos pantanos, un río, varios esteros, vacas, cerros, una bahía pequeña repleta de botes. El tipo de traje azul que está a su lado se pone un antifaz y echa para atrás su asiento.

El chico abre una bolsa con una frazada dentro y se tapa las piernas.

El chico viste shorts khaki extra largos y se llama Ignacio. Tiene 17 años, apenas, recién, justos.

Ignacio ajusta su asiento y hojea una revista. Mira pero no lee un reportaje sobre unos conventos medievales. Luego observa y toca su celular pero no se atreve a encenderlo.

El avión sigue su ascenso dejando atrás y abajo unas nubes negras.

Una pieza sencilla.

Un departamento chico, sin lujos pero no pobre. Más bien pobre en diseño y look; como de un tipo dejado. No es un edificio viejo pero tampoco nuevo. Es quizás un Paz Froimovic: son todos iguales y parecen mejor de lo que son.

Un hombre y su pieza, para citar a Bresson.

La habitación de Álvaro está en el límite de lo confinante. Es pequeña, para una persona, y la cama king reduce el espacio aún más. La ventana está tapada con unas cortinas azules de Casa&Ideas. Hay una mesa de madera, una laptop, cajetillas de cigarrillos.

En un muro, un afiche con un centenar de letras A en distintas tipografías.

En el suelo de piso flotante hay un sillón-tipo-pera de cuero negro tapado de ropa

sucia, zapatos, sandalias. No hay velador, solamente una lámpara ajustable que sigue prendida. Debajo de ella hay un estuche de plástico naranja donde reposa una prótesis transparente contra el bruxismo y un montón de papel confort arrugado y seco.

En un rincón, una ordenada colección de Graphics Arts Monthly y, esparcidos, números abandonados de I.D. y Eye.

Una radio reloj indica las 8:14. Álvaro, de unos 36, duerme. Una sábana le tapa los pies. La polera Pepsi Challenge que tiene puesta delata que está transpirando.

De pronto, Álvaro abre los ojos, de una.

Mira el reloj.

Cara de espanto, cara de estoy atrasado.

Álvaro en la ducha.

Cae el agua.

Los azulejos son blancos.

Las toallas son grises.

La ducha tiene una shower door transparente algo sucia.

Álvaro se fija en que sus ojos se ven inmensos en el pequeño espejo que tiene atornillado al muro. Los ve negros pero rojizos, los ve con ojeras. Su barba tiene tres, cuatro días. En el centro de su pera hay unos pelitos blancos.

Álvaro es flaco, huesudo, y más alto que el promedio.

Lleva el pelo corto, con un no-corte escolar.

Es peludo. Por todas partes.

Álvaro abre el shower door y saca una tira metálica de pastillas que están sobre el lavamanos: Ravotril 2mg de Roche.

Saca una píldora y se la lleva a la boca.

En el proceso, la píldora se moja y pierde consistencia.

Álvaro abre su boca, deja que se llene de agua caliente y traga.

Ignacio avanza por el pasillo del avión.

La mayoría de los pasajeros duerme.

La cabina huele a pan microondeado.

Llega al fondo.

Las azafatas están sentadas.

Una hojea La Tercera; la otra se mira las uñas.

Estamos por aterrizar, tiene que volver a su asiento, le dice la más rubia al chico.

Tengo que tomarme algo.

De verdad tienes que volver a tu asiento, le responde más seria, como a cargo.

Es importante. Me la dio mi sicóloga.

La azafata es joven y tiene los ojos verdes.

No puedo tragarme una pastilla sin líquido, le explica Ignacio.

La azafata se desabrocha el cinturón y abre un compartimiento de acero inoxidable. Le pasa un tarro de Ginger Ale light.

Yo tampoco, le responde al chico.

Ignacio saca de su bolsillo una pastilla envuelta en metal y plástico que dice Ravotril 0.5mg. Roche.

¿Nervioso?

Un poco, y sonríe, apenas.

¿Algo importante?

Algo.

El chico saca la pastilla de su envase y este cae el suelo. Abre el tarro, toma un sorbo y se traga la píldora. Camina a su asiento.

El avión desciende.

Álvaro, con casco negro, viaja arriba de una motoneta roja.

Anda con jeans gastados, casaca, sin corbata, con una camisa a rayas verdes, mocasines negros con suela con doble aire.

Va al aeropuerto. Avanza por una calle Lyon vacía, cubierta de árboles y pájaros que gritan.

Cruza el puente nuevo sobre el Mapocho.

Una mujer mayor y muy bronceada pasa trotando a su lado.

Álvaro mira el sol que ya está arriba de la cordillera. Sólo hay nieve en los picachos más altos. A la altura del hotel Sheraton San Cristóbal toma la Costanera Norte. El túnel desprende una luz amarilla, química. Las inmensas hélices de las turbinas que ventilan la carretera subterránea lo remecen. Cuando pasa por los lectores de radar color púrpura escucha el pitido de su tag.

El túnel termina y el sol matinal le quema los ojos.

Inmensos letreros llenos de color anuncian celulares, carriers, televisión satelital. Nokia, Siemens, Telefónica, Entel PCS, 188, 123.

Comunicación, comunícate, comunicados.

Álvaro camina por la terminal del aeropuerto de Santiago.

Deambula por SCL con una mochila negra en su espalda.

De lejos, el casco de su moto asemeja una bola de bowling.

Mucha gente arribando, embarcándose, esperando.

Álvaro entra al sector de las llegadas nacionales y mira la pantalla.

Se fija:

Procedencia: Puerto Montt-Confirmado 09:05 horas.

Mira su celular y ve que son las 09:02.

Sonríe aliviado.

Ignacio, sentado, mira cómo se acerca la tierra.

Todo se ve seco.

A lo lejos, la ciudad de Santiago escondida detrás del filtro sucio y sepia de la contaminación.

La luz que entra fuerte por las ventanas ilumina las cabezas de los pasajeros.

Aterrizan.

Álvaro termina de tomar un expreso.

Está en la cafetería Le Fournil del aeropuerto frente a las llegadas internacionales.

Lo hace de pie, en la barra.

Mira los diversos tipos de panes y pasteles.

Habla por celular:

Dile algo, pero no que voy a llegar antes de las trece. Imposible. Quizás a las doce y media. Y eso.

Tú sabrás, responde la voz femenina al otro lado de la línea. Debiste enviarle un mail avisando al menos. Siempre lo haces todo mal.

Sí sé, pero nada, llegaré, Silvana. Tarde pero llegaré.

Pudiste haberte quedado hasta tarde y haberlo dejado listo.

Sí sé. Pude.

Se avisa antes, no después, Álvaro. Por eso me das lata. El libro tiene que estar listo para la imprenta a las seis. Andrea lo quiere urgente. Ya enviaron las invitaciones al lanzamiento.

Sí sé, responde mientras saca un billete de su billetera y paga la cuenta.

Espero que sea importante. ¿Lo es?

Lo es.

Ignacio camina por la sección de llegadas.

Cada tanto mira los letreros.

Anda con un bolso-mochila inmenso que casi no lo deja caminar.

Ahora luce shorts largos, sandalias, polera celeste, un canguro amarrado, un abrigo tipo montgomery. Parece un surfista en su primer viaje a la Antártica.

Anda con inmensos audífonos Denon que, por momentos, parece que lo van desequilibrar.

De pronto, se sienta, deja el bolso y termina el tema o el podcast que está escuchando. En un televisor aparece un documental sobre las bellezas de Chile. Lo mira. Ignacio se levanta, sigue caminando, baja una escalera automática, se sube a una correa transportadora y llega a los carruseles.

Su maleta es la única que está circulando.

La toma.

Álvaro mira el letrero con todos los vuelos nacionales.

Cada tanto, la información se va actualizando.

El vuelo procedente del sur ha aterrizado.

Mira a la gente salir.

También salen pasajeros de otros vuelos.

Sale un grupo de americanos de tercera edad, de buzos multicolores y panzas vencidas, con muchas maletas y ponchos de alpaca.

En eso ve a Ignacio.

Empuja un carro con una maleta dura, verde, sintética. Arriba colocó la inmensa mochila-bolso.

Ignacio lo ve pero sus ojos miran hacia otro lado.

Intenta hacerse el que no lo vio, pero Álvaro lo sigue mirando y levanta su mano.

Ignacio se coloca el capuchón del abrigo y sus ojos desaparecen.

El rostro de Álvaro se desencaja un poco.

Traga.

Ignacio avanza entre medio de otros pasajeros y dobla hacia la dirección contraria de donde está Álvaro. Ignacio se detiene y mira la gente. Álvaro avanza entre los taxistas que sujetan letreros con nombres extranjeros y llega donde Ignacio.

Le toca el hombro.

Ignacio se da vuelta y se saca la capucha.

Se miran.

Le estira la mano.

Se dan la mano, en silencio.

Ignacio la retira y mira hacia abajo.

Tanto tiempo, le dice Álvaro.

Harto.

Mucho, sí. Estás más alto. Más... ¿Cómo estás?

Con sueño.

Tenemos dos horas.

Uf, dos horas, comenta Ignacio.

Silencio.

Mi otro vuelo va a durar catorce, le dice Ignacio. Catorce. Tengo que hacer check-in acá. No me dejaron embarcar la maleta en Puerto Montt.

Silencio.

Ignacio saca de un bolsillo de su abrigo su celular última generación. Es notoriamente superior al de Álvaro, que esconde el suyo. Le coloca unos audífonos al celular. Se los coloca y aprieta unos botones.

¿Qué haces?

¿Qué crees?

Álvaro frunce el ceño. Mira el tablero. Mira el celular última generación.

¿Qué estás escuchando?

No creo que los conozcas, le dice y se saca sus audífonos.

Estoy más al día de lo que crees. Soy joven. Tengo blog.

Ignacio lo mira de arriba para abajo y hace un gesto como de «creo que voy a vomitar» o «no te creo».

No creo que los conozcas, le responde después de un rato.

Silencio.

Ignacio lo mira, la piensa unos segundos y guarda el celular.

Ok, vamos. Pero no tenemos mucho tiempo. ¿Puedes pagar tú? Sólo tengo euros.

Álvaro mira su celular:

Tenemos poco tiempo, sí. Dos horas. ¿Tienes hambre?

Sí. Harta. Arriba me dieron una puta galleta de avena.

Genial, responde Álvaro, sonriendo. Genial.

La fila frente al counter de Lufthansa.

Al menos una cincuentena de personas con todo tipo de maletas, guitarras, esquís, cajas metálicas que al parecer llevan equipos de filmación.

Hay pasajeros muy rubios y muy morenos y de todos los tipos físicos.

Ignacio vuelve a sacar su celular, aprieta unas teclas, se conecta a la red, googlea weather report.

Álvaro, que es más alto, mira.

Está nevando allá, bien, comenta.

Los dos en la fila, no hablan.

Ambos miran cómo, más allá, un tipo envuelve en plástico las maletas. Los bolsos giran alrededor de una suerte de dispensador de ese wrap transparente con el que tapan potes y postres y ollas.

Ignacio escucha música en su celular.

Álvaro revisa el pasaporte y los papeles notariales que le permitirán a un menor abandonar el país. Álvaro coloca la maleta sobre la pesa. La funcionaria de la aerolínea le pasa una tarjeta de embarque.

Ignacio mira hacia un grupo de chicos que viajan a un país que parece tropical a juzgar por sus ropas coloridas y chillonas.

La chica de la línea aérea toma el bolso y le coloca un sticker que dice FRA.

Los dos salen al aire libre, a un calor seco.

Hay un leve olor a combustible de avión.

Un Copa despega y ambos lo miran desaparecer entre la bruma.

Álvaro lleva la delantera y arrastra el bolso-mochila de Ignacio.

De bolso de mano esto tiene poco, le dice.

Sí sé, esa es la idea. Es por si necesito mis cosas durante el vuelo.

Cruzan hacia el nuevo hotel Holiday Inn que está justo enfrente de la terminal.

Ven el agua de la piscina reflectante, una escultura que asemeja un cóndor, muchas piedras pulidas y japonesas.

Ignacio saca su celular del bolsillo y, sin mirar por el visor, empieza a tomar fotos mientras caminan.

¿Me tomas una a mí?, le pregunta al pasar Álvaro. De recuerdo.

Te recuerdo, no te preocupes.

Bar del hotel del aeropuerto.

Ignacio mira a los transfers descargar pasajeros y tripulaciones con uniforme.

Un inmenso 747 de DHL cruza a la distancia.

Álvaro enfoca su mirada hacia el inmenso y cómodo business center lleno de hombres de traje que le hablan a sus BlackBerrys, que chatean, que revisan el Dow Jones, que memorizan presentaciones en Power Point.

Están frente a frente.

No se miran.

Tratan de no mirarse.

Cuando uno mira hacia otra parte, el otro lo mira. Y viceversa.

Ignacio juega con el resto de su sándwich Club, con los cubiertos, con un salero.

¿Tu madre?, le pregunta Álvaro.

Bien.

¿Sale con alguien?

¿No? ¿Tú?

A veces. ¿Tú?

A veces. Poco. Es tema mío. No creo que te interese.

Me interesa.

Pero son mis temas, le responde. ¿Le hablabas de tus cosas a tu padre?

No, responde Álvaro antes de callar por un rato.

Mi padre era muy distinto, conservador. Yo quería que me preguntara de todo, que me abriera los cajones, pero nunca lo hizo. No me enseñó nada.

Tú tampoco me enseñaste nada. Y también eres conservador. Ene.

Despega un Lan.

Aterriza un Iberia

Taxea un Delta.

Allá conocerás a muchas chicas.

Pero no podré hablarles, le responde, rápido, el chico.

A eso vas: a aprender alemán.

No voy a aprender en tres meses. Voy porque mi mamá tiene un mino que tiene como 28 y se quieren ir al Norte a fumar pitos. Tiran mientras ven HBO. Tengo oídos. Uf. Mal. Me quiere lejos por un tiempo para «vivir». Como ahora ella tiene plata. ¿Sigues pobre?

Álvaro no dice nada. Calla. Mira cómo cargan un 737 de Aerolíneas del Sur.

¿Podrías pagarme una universidad acá en Santiago? Es cara. Mi mamá quiere que me quede allá, con ella, cerca. Allá no hay Audiovisual. Allá no hay nada excepto gente que ve tele.

Luego podemos ver eso.

¿Cuándo? ¿Cuando tenga 33? Nunca —nunca— me has tenido una pieza. No te lo estoy sacando en cara, te lo estoy comentando. Sé quién es Freud. He ido al sicólogo. Hablamos de ti.

De qué hablan.

Cosas mías.

Callan.

Hablo de mí y mis fantasías y hablamos mal de ti.

Hablan. Él habla de mí. Si ni me conoce.

Es ella. Y analiza tus actos, tus omisiones, tu falta de vigor, tus miedos.

Para pelar es importante, creo, conocer a la víctima.

No pelamos, analizamos. Y no eres víctima, lo soy yo. ¿No crees?

Ignacio se toma el resto de su bebida transparente y masca los hielos.

El mino de mi mamá —Facundo, Fa-Cun-Do— tiene dreadlocks, hueón. Mal. Se cree rapa-nui porque vivió allá como tres meses. El huea tiene el coeficiente intelectual de un moai, hueón.

No me trates de hueón, soy tu padre.

Tienes como nueve años más que yo, ¿quieres que te trate de don? ¿De usted, como los cuicos?

Dieciséis. Tengo dieciséis más que tú.

Callan.

Álvaro lo mira, se fija en el mentón de Ignacio. El chico no se ha afeitado en varios días.

Veo que ahora te puedes afeitar.

Tengo 17. Y no, ojalá. Es pura pelusa. Le doy como caja al Benzac, eso sí. ¿Sabes lo que es Benzac?

¿Una droga?

Ignacio lo mira fijo, a los ojos, y luego se ríe un poco.

Es un remedio para la grasa. Es una crema. Recara. Sudo grasa. ¿Te pasaba?

No.

¿No?

No.

También eyaculo. Me pajeo mucho.

Es normal.

¿Tú lo haces?

Lo hacía.

No te creo.

No me creas porque sí, lo hago. Obvio. Soy hombre.

Entonces actúa como uno. Te estoy poniendo a prueba.

¿Ah sí?

Sí. Eres lento. Me gusta eso en un hombre.

¿Te gustan los hombres?

¿Tendrías rollos con eso? ¿No eres progre? ¿Liberal?

Silencio.

Los dos miran a la gente ir con sus maletas a los estacionamientos.

¿Seguro que soy tuyo?, le pregunta Ignacio con un tono suave, pre-cambio-de-voz. ¿No soy de tu amigo? ¿De ese Roque al que luego lo internaron por bipolar?

¿Quién te dijo eso?

Roque. Ese sí que es un loser.

Eres mío, cien por ciento. Tenemos el mismo ADN. Tenía 16 años, Ignacio. 16. Era menor que tú. ¿Te imaginas teniendo un hijo a los 16?

¿Por qué no acabaste afuera? ¿Por qué no te pajeaste al lado?

¿Has tirado?

Hueá mía. ¿Ahora te venís a hacer el padre y querís saber mis cosas? ¿Qué más querís «compartir»? Esto no es un puto comercial con momentos padre-hijo.

De improviso, Ignacio se acerca a él, lo abraza y con su celular se toma una foto. Una pareja de ancianos con pinta de escandinavos sonríe y se toca las manos.

Ahí: un recuerdo. ¿Feliz? Un puto momento Kodak-Nescafé digital. Muéstraselo a tus minas: tener hijos siempre funciona. Lo encuentran amoroso. Estas selfies matan.

Silencio.

Un silencio largo.

Era chico, Ignacio. Era muy, muy pendejo.

No tuviste que dejarme botado. Yo tuve un perro. Lo cuidé. Se murió. Pero lo quise. Y era muy, muy pendejo.

Yo te quiero.

¿Cambiamos de tema? Me cargan estos temas. Tengo que ir al baño. Me cuidas el bolso. Tiene candado. Igual no lo puedes abrir.

Ignacio camina por un largo pasillo con afiches de aviones antiguos.

Suena una música de hotel, orquestada, falsa. Ignacio entra al baño. Se lava las manos. Luego va al urinario pero no necesita hacer. Se queda ahí. Solo. Regresa a los lavamanos y se lava las manos de nuevo. Se mira. Hace algunas morisquetas. Se toca la nariz. Se aprieta unos granos. Con el pulgar, se refriega la nariz y luego lo apoya en el vidrio. La huella del dedo con la grasa queda marcada en forma clara. Con otro dedo dibuja dos ojos y una sonrisa al revés. Extrae otro Ravotril y se lo toma con el agua de la llave. Saca el celular, mira la hora. Se toma una foto. Se sienta en el lavamanos.

Revisa sus contactos en el teléfono y encuentra mamá.

Marca.

Espera.

Mamá: lo odio, le dice. Lo odio. ¿Cómo te pudiste meter con él? Ahora se las quiere dar de buena onda. No sé de qué hablarle. ¿Por qué le dijiste que viniera a verme?

Álvaro sentado en la mesa del restorán del hotel. Mira su celular. Busca a quién llamar pero no encuentra a nadie. Mira la hora en un reloj que está en la pared. Escucha a unos tipos orientales conversar. Álvaro también saca otro Ravotril de su bolsillo y se lo traga con el resto del agua mineral que le queda en el vaso. Observa el bolso-mochila de Ignacio. Se agacha y con la mano toca uno de los bolsillos exteriores. Toca el cierre y lo abre.

Ignacio regresa a la mesa y llama al mozo.

Se miran.

Te demoraste, le dice Álvaro.

Me dolía la guata.

¿Estás bien?

Bien. Nervioso. Por el viaje. Los viajes tensan. Lo nuevo asusta, dicen.

El mozo por fin se acerca.

Un vodka tonic. ¿Tú?

Son las once de la mañana, Ignacio.

En Alemania ya es de noche. ¿Querís o no querís? Dime. ¿Tienen leche? ¿Querís leche?

Un Etiqueta Negra, doble.

El mozo parte rumbo al bar.

Estás... estás más hombre.

Han pasado cuatro años. Time flies, dude. Debí echarme desodorante.

Silencio.

Este hotel es nuevo, comenta Álvaro. Lo inauguraron recién.

Ah.

Yo una vez fui a Buenos Aires, por la editorial, y no pudimos despegar por la niebla, una niebla densa, densa, no se veía nada, pero nada, y cancelaron todos los vuelos y me tuve que regresar a la ciudad y el taxi casi no podía avanzar por la niebla; al final terminé por dormir en un hotel muy malo que daba como asco. Tanto que no me atreví a sacarme los calcetines.

¿Y por qué me cuentas esta historia? ¿Te parece buena? ¿Ilumina algo? ¿Aporta? Me perdí, te confieso.

Ah, no... por... por lo del hotel. Es bueno que haya un hotel en un aeropuerto. Cuando se cancelan los vuelos o alguien pierde una conexión. Si en Buenos Aires hubiera habido un hotel me hubiera quedado ahí.

Pero hubiera estado lleno. Colapsado. Por la niebla. No creo que sólo tu avión no haya podido despegar.

Silencio.

También sirven para reuniones. Un tipo puede volar hasta acá, cruza, hace la reunión y parte de vuelta. Es bueno.

Silencio.

¿Supiste del austríaco?, dice Ignacio.

No.

Hace poco. Lo leí en Emol.

¿Qué?

Nada: que estoy de acuerdo en que es conveniente que haya un hotel en el aeropuerto. Reconveniente. Sobre todo para el austríaco. Sobre todo para él.

¿Qué pasó con él?

Nada: cumplió como 40 años o algo así de decadente y, no sé, no cacho, pero le dio la depre, mal, algo le pasó, quiso venir para acá, al fin del mundo, se tomó un avión y viajó como nueve mil horas y llegó, aterrizó, pasó por la aduana con su maleta llena de ropa y libros en austríaco y cruzó igual que nosotros, llegó a este hotel y estaba cansado y solicitó una pieza y sacó su tarjeta de crédito y la pagó y subió y se dio una ducha porque el hueón estaba cerdo después de todas las horas de vuelo y, cuando terminó, así en pelotas, abrió la ventana y saltó del séptimo piso. El tipo seguía de cumpleaños por el cambio de hora. Se mató. Llegó la policía y todo. Salió en el diario y lo leí. Eso. La gente se mata mucho en los hoteles. Eso dicen. Yo he estado más en campings. ¿Te has tratado de matar?

No

¿Lo has pensado?, insiste el hijo.

No.

¿No? ¿No sientes cómo la culpa te ahoga a veces?

No. Me ahoga, sí, pero no es para tanto.

Claro: no es para tanto.

Silencio.

¿Por qué me contaste esta historia? ¿Es verdad?

Claro que es verdad. ¿Cómo no va a ser verdad? ¿Por qué habría de inventarla? ¿De

dónde sacaría la idea? ¿Por qué creís que la inventé?

Es que no entiendo por qué me la contaste, le insiste Álvaro. ¿Qué querías decirme?

Que un austríaco se tomó un avión y se mató. Quizás le daba vergüenza matarse en Austria. Es un país chico. Yo no me mataría en Puerto Montt, me mataría en Mannheim. Matarse igual es como una huevada privada, yo creo.

¿Seguro que estás bien?

¿Seguro que estás bien?

Ignacio recibe un mensaje en el celular. Un ruido como una copa que se quiebra. Lo mira, se ríe.

¿Qué es?

Una huevada. Unos conejos freaks, narcisos, unos hueas conchas-de-su-madre. Son animados, los hace un polaco freak en Manchester. Es como una sátira a las películas.

¿Quién te lo envió?

Alguien. Es privado. Mis temas.

¿Puedo ver lo que te enviaron?

Le pasa el celular. Mira el corto animado. Titanic resumido en 30 segundos. Se ríe.

¿Bueno?, le pregunta el chico.

Bueno, muy bueno.

Silencio.

Llegan los tragos, se los toman al seco.

Pide la cuenta, le ordena el hijo, mirando la hora en su celular.

Me gustaría...

¿Qué?

Que me gustaría...

Verme más. Hacer cosas. Todo el mundo quiere lo mismo. Me tengo que ir. No quiero perder el avión. Otro verano quizás, papá. Otro.

Álvaro se queda en silencio.

Mira la cuenta, paga. Álvaro se demora en atinar pero de a poco procesa algo y comienza a sonreír.

¿Qué?

Silencio. Pausa.

Nada: me trataste de papá.

Se miran.

Ignacio trata de no sonreír, pero sonríe.

Los dos sonríen.

Ruido de avión despegando.

Álvaro guardando su mochila en la moto.

Mira hacia arriba, al cielo.

Su celular hace un ruido seco.

Lo saca.

Es un mensaje. De Ignacio.

Lo abre.

Es una foto.

Una foto de los dos. En el hotel. Los dos sonriendo.